

Las Dominicales

Del Libre Pensamiento.

No mates, no hurtas, no mientas, no provariques, honra á tus padres: en suma, cumple la ley de Dios, amándole y sirviéndole. — Moisés.
La fuente de la vida es la ciencia. En caso de duda, el juez supremo es la conciencia. — Manú.
Conócete á tí mismo. — Sócrates.
Trabaja para extirpar el mal. Embellece la tierra cubriéndola de vegetales y animales útiles. — Zoroastro.
Todos los humanos son iguales. No hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que posean. — Budha.
Amaos los unos á los otros. — Sed perfectos como nuestro Padre que está en los cielos. — Jesús.
La piedad no consiste en volver el rostro hacia Levante ó al Poniente. Piadoso es el que socorre á los huérfanos, á los pobres, rescata los cautivos, observa la oración, da limosna, es paciente en la adversidad. El que es justo y teme á Dios clemente y misericordioso. — Mahoma.

El paisano que labra, la mujer que arregla su casa, el magistrado que desempeña sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el monje que ora y ayuna. — León.
Desde la India hasta la Francia el sol no ve más que una familia inmensa que debía regirse por las leyes del amor. Mortales, todos sois hermanos. — Voltaire.
Haz el bien por el bien. No empleas jamás la humanidad como un simple medio. Respétala como un fin. — Kant.
El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la Naturaleza y el Espíritu en forma de voluntad racional y por el puro bien. — Krause.
Que la Verdad ostente todos sus esplendores en la tierra; que se desplomen los templos y caigan hechos polvo los tronos, y se soteren bajo el fango los adoradores del vellocino de oro si se interponen en su camino. Paso, paso á la Verdad divina. — El Espíritu del siglo.

NÚM. 1.º

Madrid, trim. 2 pías. | Extranjero, año. 12 pías.
Provincias, id. 25 | Ultramar, id. 20
Número suelto del día, 10 céntos. Atrasado, 25 id.

La redacción dará cuenta de toda obra de que reciba dos ejemplares.
Administración: Corredora baja, 50, segundo.

Domingo 4 de Febrero de 1883.

Redactores. (Ramon Chies. Demófilo.

La redacción no responde de los artículos firmados.
No devuelva los manuscritos.
La Administración no acepta anuncios de pago.

AÑO I

ADVERTENCIA

Rogamos á las personas que quieran honrarnos con su suscripción lo hagan sin pérdida de tiempo, si quieren recibir el número próximo.

Dos palabras al lector.

En periodos como el presente, en que se ve y se toca cuán poco valen las palabras y las promesas, es inocencia escribir prospectos. Preferimos ofrecer á nuestros lectores, como muestra, un número de los que, contando con su adhesión y simpatía han de formar la sucesiva serie de LAS DOMINICALES DEL LIBRE PENSAMIENTO.

Nos limitaremos, pues, á decir en cabeza de este primer número, no lo que vamos á hacer, sino el sentimiento que nos mueve, y esto en brevísimas palabras.

La Monarquía está, ante el Derecho, muerta; la Religión del simbolismo está muerta; el espíritu del tercer estado, ó clase media, que vino á gobernar tras la gloriosa Revolución francesa, está depravado y corrompido por el influjo de las riquezas. Queremos mostrar noble y francamente al público las plagas de esas instituciones decrepitas, no buscando el apoyo en las bayonetas, que sostienen esos restos de un mundo que se desmorona á nuestra vista, sino en la noble y severa razón. Venimos á decir á la Monarquía y á la Iglesia: «¡Paso al espíritu del siglo!» Venimos á decir á la clase media: «¡Paso al cuarto estado, que te sostiene y nos sostiene á todos!» venimos á demostrarles que no tienen razón de ser, que sus horas están contadas. Venimos, á la vez, á decir al cuarto estado, que es nuestro hermano querido: «Serás tan infame como nuestros enemigos si te inspiras en la ley de represalias; serás un torpe, si entiendes que puedes gobernar bajo la dirección del albañil, del carpintero, del cajista de imprenta, que ejercen una profesión, sin duda, tan noble como la del magistrado y del ministro, pero que les constituye incapaces para gobernar el Estado, como lo serían para cincelar una estatua: cada arte, y la del político es una de las más difíciles, exige su aptitud y su práctica, y esos que en los antros alimentan tus peores pasiones y pueden ser en su día una perturbación para que impere el derecho, son, ó ignorantes, ó fanáticos, ó malvados.»

Clases conservadoras, Monarquía é Iglesia: si tenéis instinto, debéis considerarnos como hermanos, cuando venimos armados con la «Libertad del Pensamiento», con la espada de la Razón, á ayudar pacíficamente á lanzaros del lugar que ocupáis. Elegid, entre ser arrollados, por las pasiones que se oyen rugir en la sombra, alimentadas por vuestro egoísmo y vuestra torpeza, ó on deslizaros suavemente, como ya lo hicisteis cuando os forzamos á proclamar la República.

Si tenéis entendimiento; si el egoísmo no os ciega hasta lo inverosímil, debéis echarnos los brazos como compañeros en la obra del desenvolvimiento social.

En cuanto á tí, cuarto estado, hijo del trabajo, sosten material de la República, ten por seguro que si ves un ribete conservador en los dos primeros redactores de este periódico, es porque tienen la firme convicción de que así sirven del modo más eficaz á tu causa,

que forma el ideal que alientan en la médula de sus huesos.

¡Paso, paso, conservadores! Dejados gritar con la rama de oliva en la mano: ¡Viva la República!



Nuestros lemas.

Guiábase el hombre por el instinto: robaba, violaba, esclavizaba; no tenía respeto á los lazos de la sangre, ofrecía víctimas humanas al pie de los altares en que adoraba bestias; entonces se oyó descender del Sinai, entre el trueno y el rayo, una voz que dijo: «No mates, no hurtas, no mientas, no provariques, honra á tus padres; en suma, cumple la ley de Dios amándole y sirviéndole.»

Más al Oriente, entre una atmósfera perfumada por el sándalo, en medio de una naturaleza espléndida, que excitaba á gozar á los sentidos, dejándoles perplejos acerca del camino que debía seguir nuestra doble naturaleza racional y sensible, el viejo Manú había dicho muchos siglos antes: «La fuente de la vida es la ciencia...; en caso de duda, el juez supremo es la conciencia.»

Sócrates, en un rincón de la tierra radiante de belleza, exclama con sentido semejante: «Conócete á tí mismo.»

La voz de fuera, la de Dios, á que apela Moisés, y la de dentro, que es un eco de aquella, la conciencia, que invocaban Manú y Sócrates, no pueden seguirse serenamente sin vencer la esclavitud de la carne. Para hacer vida racional, hay que doblegar la naturaleza que nos circunda, hay que enseñorearnos de ella. Así lo comprende Zoroastro, y dirigiéndose al hombre, le dice: «Trabaja para extirpar el mal. Embellece la tierra, cubriéndola de vegetales y animales útiles.»

La lucha á que incita la carne, continuaba, sin embargo. Los más fuertes dominaban á los más débiles; ciertos grupos de hombres se creían de extirpe superior á otros grupos; había castas, había ricos y pobres, había afortunados y desheredados; cuando en el mismo lugar donde la desigualdad era más absoluta, donde existían hombres como los pájaros, de inferior categoría que las fieras á los ojos de la sociedad; un príncipe real, negando su abolengo de sangre, para defender el más noble de la idea, como hoy debieran hacer los descendientes de los reyes que tenían corazón para amar al pueblo y la igualdad establecida por Dios, deja el trono vacío y corre á ponerse á la cabeza de los desheredados diciendo con voz dulcísima, empapada en el amor humano de que rebosaba su alma: «Todos los hombres son iguales; no hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que posean.» Cientos de millones de fieles que se vienen renovando á cada generación desde hace veinticinco siglos, siguen aquella voz del amoroso Budha.

Otra parecida, pero que resuena en nuestros oídos más dulcemente aún, porque está perfumada con los sentimientos que han arrollado nuestra cuna y han hermozeado nuestra vida y la de nuestros padres, de nuestros hermanos, de la raza de hombres á que pertenecemos, la del Cristo, dice con uníon tiernísima: «Amaos los unos á los otros. Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos.»

Todavía dormía en el Oriente un pueblo que pertenece á una de las razas más nobles humanas, mientras los restantes habían abierto el alma hacia largo tiempo á la luz de las ideas. Mahoma le despertó á la vida de la razón, diciendo: «La piedad no consiste en volver el rostro á Levante ó al Poniente. Piadoso es el que socorre á los huérfanos, á los pobres, rescata los cautivos, observa la oración, da limosna, es paciente en la adversidad. El que es justo y teme á Dios clemente y misericordioso.»

La carne seguía empero excitando á la concupiscencia. La misma Roma, capital del cristianismo, se echaba en brazos del mundo pagano. Los Papas habitaban calzazares suntuosos y se ostentaban al público como sólo habían osado hacerlo los sátrapas orientales, llevados en hombros sobre palanquines, y deslumbrantes de oro, tisú, púrpura y piedras preciosas.

El desbordamiento de Roma hacia lo pagano llega á tanto que desprecia la hermosa catedral gótica, irradiación pura del cristianismo hacia las regiones celestes, y pretende

erigir sobre sus ruinas otra catedral, la de San Pedro, de formas griegas y romanas. Mas la terminación de aquella fábrica soberbia y el sostenimiento de los festejos de que se rodea la corte romana, exige dinero, mucho dinero. Leon X despacha ejércitos de frailes que van ofreciendo por todas partes la vida eterna á cambio de espaldas.

Entonces, de los lugares mismos de donde habían salido aquellos bárbaros destinados á encarnar el cristianismo en la tierra, se oye rugir terrible protesta. Lútero, á la cabeza de los germanos amantes del cristianismo puro, que hacia tiempo venían escandalizados de lo que pasaba en la corte de Roma, proclama que la santidad no está en el hábito que se viste, sino en la bondad de los actos:

«El paisano que labra, la mujer que arregla su casa, el magistrado que desempeña sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el monje que ora y ayuna.»

Hé aquí á Dios en el seno del hogar, en el taller del honrado obrero, en el Tribunal, en el Parlamento: hé aquí á Dios secularizado; ya sólo falta un genio á trevijo que lleve la piqueta sobre el viejo templo y acabe de minar sus cimientos. Vedle, vedle llegar triunfante gritando: «Desde la India hasta la Francia, el sol no ve más que una familia inmensa, que debía regirse por las leyes del amor. Mortales: todos sois hermanos.» Tal proclama Voltaire, en medio de un aplauso universal.

Pero la Humanidad era ya vieja, y comprendiendo lo deleznable del terreno del sentimiento en que hasta entonces había edificado; busca otro más firme y seguro. Un monstruo de la inteligencia, Kant, demuestra con rigidez matemática la necesidad de la ley moral: «Haz el bien—por el bien. No emplees jamás la Humanidad como un simple medio; respétala como un fin.»

Otro genio de pureza inmaculada, que por lo mismo ha hecho su mella en nuestra alma, la cual, dígame lo que se quiera, será dada siempre á enamorarse de lo noble, justará por eterno lanzas en favor de las ideales Dulcineas, Krause, cuyo espíritu rebosa uníon y armonía, ha demostrado que:

«El hombre debe realizar bajo Dios, la armonía de la Naturaleza y del Espíritu, en forma de voluntad racional y por el puro bien.»

Hoy, miles y miles de voces que no se podían contar, el «Espíritu del Siglo», que indaga infatigable las raíces todas de la vida y envía sus apóstoles á recibir la muerte entre las tribus bárbaras de Africa, con la idea de ser útil á la ciencia, ó presenta su pecho valiente en las barricadas, creyendo que puede salvar la sociedad, ese Espíritu dice á todo el que quiere oírle:

«Que la verdad se enseñoree sin rival sobre la tierra; que se desplomen los templos, y caigan hechos polvo los tronos, y se soteren bajo el fango los adoradores del vellocino de oro, si se interponen en su camino: paso, paso á la verdad divina.»

Si ahora reparas bien, lector, en todo lo que acamos de escribir, hallarás que los pensadores y reveladores de la conciencia, en vez de antitéticos como ha querido presentárselos, vienen á coincidir en esencia. El Dios que se ha invocado en la Edad Antigua y en la presente, el de Occidente como el de Oriente, el que confesaban Cristo y Mahoma, Gregorio VII y Lutero, es idéntico.

Esto es tan claro como la luz; que así como el sol es tan sol en el Norte como en el Mediodía, aunque allí se presente cubierto de brumas y aquí luzca con esplendor, igualmente Dios, el Sér que sostiene el universo mundo, es el mismo en todas las edades y pueblos, aunque cada pueblo y edad le haya visto bajo su aspecto y hasta se haya empeñado en darle forma personal finita, á imágen y semejanza nuestra.

Lo que resulta de todo esto es, que es infame, es infame y es torpe, que los hombres se detesten, que lleguen á encender hogueras contra sus hermanos por divergencias religiosas, cuando todos invocan el mismo Dios.

Acabe ya esta ley bárbara en las relaciones humanas. Dejemos volar libremente el pensamiento hacia todas las regiones, inluso hacia la del Sér origen de toda vida; dejémosle tranquilos hasta extraviarse y soñar; el extravío, el sueño, que lo han tenido los pensadores más sólidos, los hombres más inspirados, desaparece sin dejar rastro; el

milagro de que se han valido el cristianismo y el mahometismo y casi todas las religiones queda relegado á las regiones del olvido; en cambio subsisten y subsistirán siempre, como bálsamos del alma, ideas como éstas: «amaos los unos á los otros;» «sé clemente y misericordioso.»

Dejad, dejad separaros el pensamiento, y tened más confianza en la infinita Sabiduría del que le ha formado de constitución libre, y menos en esos soberbios pretenciosos que quieren enmendar la obra de Dios, poniéndole mordazas.

De nuestra parte, con el alma saturada del espíritu de tolerancia de nuestro gran siglo, os declinamos: católicos, protestantes, musulmanes, budhistas, ateos, materialistas, si amais la justicia, y la fraternidad, y la caridad y el trabajo; si sois buenos hijos, y hermanos, y amigos, y ciudadanos; si sentís la piedad en vuestro corazón en presencia del desvalido y menesteroso; si estais prontos á sacrificar vuestra vida en defensa de los desheredados y contra la iniquidad, cualquiera que sea el traje que llevéis, el signo que os distingue, el altar en que os prosternéis, sois hermanos nuestros en Dios.

Reveladores de la conciencia, que habeis formado, de un bruto, un hombre, enviadnos un rayo del océano de luz en que estais morando! Que vuestros manes infundan verdad en nuestra inteligencia, amor en nuestro corazón!

Coalición.

Se trata de una casa que cuenta numerosa familia. Desgraciadamente falta el padre; en su lugar hay un tutor.

Este, como todos los de su género, gasta, derrocha, goza, triunfa, se cura solamente de sí, no eleva ni educa para regirse por sí propios, á sus pupilos. Uno de éstos logra, sin embargo, dar con cierto libro de educación en sus manos, observa además lo que ocurre en la casa del vecino, gobernada por padres, y se forma á sí mismo en el silencio. Ya educado, convoca á sus hermanos: los habla de libertad, de sus derechos manciados por el tutor, de la iniquidad con que son tratados, y encendiendo el entusiasmo en sus corazones, en un día hacen rodar hasta el abismo á su tirano.

Pero viene luego lo más difícil. ¿Cómo participar del gobierno de la casa todos, no estando educados para ello? El gobierno supone unidad de miras, concierto de voluntades, dominio de sí, prevision, y los desdichados carecen de todas esas dotes.

El ladino tutor lo comprende; se aprovecha de sus vacilaciones: compra con su oro á unos, mete zizaña entre los otros, los divide, los subleva, y cuando más revueltos andan, ofrécese como salvador: vence.

Entronizado de nuevo en el gobierno de la casa, comprende que su situación es quebradiza. Al principio hacia indisoutible su derecho á la tutoría eterna; luego invoca el bien y derecho de sus pupilos, su tranquilidad y orden: y compra á unos, ilusiona á otros, encarcela á aquéllos, arroja del hogar á éstos que se le oponen, y repartiendo á manos llenas mercedes, con los bienes de la familia, entre los que más le pueden hacer sombra, logra vivir en aparente bienandanza.

¿Qué hace el resto de la familia? ¿qué hacen los demás? callan: se creen culpables, se creen torpes, desconfían de sí mismos. Pero es que desconfían de su derecho! ¡Ah! Eso nunca. Su derecho lo guardan allí en el fondo de su alma; les habla en secreto todos los días, todos los momentos. Aqual tutor ocupa un puesto que no le pertenece: esto es cosa ya fuera de duda; lo com-

prende desde el primero al último; el más convencido es el tutor mismo.

Un día se reúnen en conciliábulo los hermanos: murmuran palabras al oído, se concertan para hacer algo, invocan el derecho comun, y alguno de ellos, armado de aqual poder secreto, se presenta triunfante al lado del tutor, que alto, mira con altanería: el tutor teme, y cede. El estado se encumbra, y ya que está encumbrado, merced á haber invocado el derecho comun, se olvida de sus hermanos, se compincha con el tutor, recibe su oro: se acanalla.

Ha sido un átomo arrojado por el viento que sopla de lugar invisible. Pero ese lugar queda, el origen del viento queda también, y no acaba ni podrá acabarse; el derecho de los pupilos á gobernarse por sí mismos al llegar á la mayoría de edad, es inalienable; no está en la voluntad de ellos mismos cederlo, no hay mano que alcance á arrancarlo de sus entrañas, donde tiene su asiento. Sólo la torpeza propia, la ignorancia ó el pecado, pueden hacerlos vivir bajo tutela.

Mas lo extraño es que en la casa de que se trata, los pupilos no tienen nada de torpes. ¿Qué comparación cabe entre su capacidad y la del tutor? Este ni ha explicado cátedras, ni escrito obras, ni defendido pleitos, ni dirigido industrias, ni compuesto dramas; no ha hecho ninguna de esas cosas que son la expresión externa de alentar un alto espíritu dentro. Además, aunque poseyera dotes naturales para llegar á donde el que más, le es imposible, por las condiciones que le cercan, consagrarse á esos lentos y sesudos trabajos que exige el dominio de cualquiera de los fines en que se despliega la vida. En cambio, entre los hermanos de la casa, los hay ingenieros, filósofos oradores, grandes industriales y agricultores, artistas geniales.

¿Puede, pues, darse mayor aberración?

¿Qué se diría del profesor que mandase ocupar su sillón á uno de sus alumnos para presidir la clase? Lo que digo de mi vecino, en cuya casa el padre, que es todo un sabio y un hombre honrado, ha entregado las riendas del gobierno de la familia en manos de un hijo imberbe, y éste, que es un chico listo, pero mal dirigido, no se ocupa más que de comprar caballos, pasear, divertirse, y ya he visto dias pasados á uno de sus hermanos con el traje destrozado, medio descalzo y con señales de hambre en el semblante.

No se puede dudar que, con toda la fama de sabio de mi vecino y con las que dió el profesor que pone de presidente de la clase á un jovencuelo, al hacer aquellos brillantes ejercicios de oposición que le dieron la cátedra, hay en ellos algo de falta, algo de vicioso. Su cerebro, ó su corazón, ó su brazo, ó su intencion, esconden algo imperfecto, algo dañado.

Pues lo mismo digo de los individuos de la casa que están bajo tutela. Discuten entre sí sobre si el uno es alto y el otro es mediano y el de más acá pequeño; pero ¿qué hace esto, digo yo, para gobernarse por sí mismos? Supriman el tutor; encárguese luego de gobernar la casa el más simpático, tenga más ó menos pulgadas de estatura; eso ya es asunto de detalle. Dejará de mirar por la casa mejor que el tutor, aunque sea el peor de los hermanos? Tiene más inteligencia, más amor á la familia, más corazón.

Esto creo yo que es evidente.

Así, el seguir bajo tutoría, cuando se puede ser libre, arguye un vicio interno, ó de inteligencia, ó de corazón, ó de voluntad. ¿Hay alguna llaga oculta? ¿Dónde está? Con averiguarlo y aplicarle el cauterio, todo se ha concluido. Los hermanos sanos deben todos unirse, sean altos, bajos ó medianos; con todas las estaturas se puede gozar de salud y robustez; ya unidos algunos, llamar á los demás una y otra vez incansablemente. No es deshonra pedir para hacer bien; la deshonra, y si no la deshonra la maldad, estaría en, pudiendo, no dar. Pero, den ó no, el que pide para hacer bien, sigue su camino risueño y satisfecho: si en alguna parte hay remordimientos, cierto que no será en su conciencia. Los coligados, pues, deben marchar imperturbables á su fin sin cortarse: el número no hace á la bondad de las cosas de espíritu. La suma de todas las cabezas de cafres y hotentotes es cero en la civilización: lo que ardía en el cerebro de Gambeta, aquel cero matemático, es, en cambio, un infinito en la vida moral.

El derecho está claro: los vientos soplan de la izquierda; los contrarios lo reconocen; pero es que soplarán incesantemente: puesta en movimiento la tierra, anda, anda sin detenerse jamás, siempre de Occidente á Oriente: lleva en su seno algo que la impulsa. Pues bien: en las familias que viven bajo tutela hay también un no sé qué interio que habla al oído á todos y les recuerda que es de ley que sean mayores, y, siéndolo, indigno de ellos mostrarse incapaces de regirse á sí mismos.

A los pueblos les pasa otro tanto que á las familias particulares. España ha comenzado á marchar. No detendrá su paso sino para reponer sus fuerzas: yo os digo, republicanos que dudáis del triunfo, porque veis nublado el horizonte, que no sentís la República en el alma, no sois republicanos completos. La República es el gobierno de los corazones resueltos, de los espíritus fuertes, de los hombres de fe.

Republicanos españoles: á la coalición.

Somos dos, tres, cinco, no importa el número. «Envuelto en mi conciencia y armado de principios, desafío al universo», decía en cierta ocasión Mirabeau. Ante el infinito internos, todas las cabezas que cuenta el matemático son, en efecto, cero. Encarnémonos en nuestro derecho y tocáremos el infinito; tengamos fe y convertiremos al punto á nuestros adversarios en cero.

Contais, colegas republicanos, que venis trabajando con noble constancia por la empresa de la coalición, un soldado más. Os seguiremos en la última fila.

Luz y sombra.

Saludamos cordialmente á nuestros colegas de la prensa, aun á los de más opuestas opiniones á las nuestras, pidiéndoles benevolencia y amistad.

Enviamos un afectuoso saludo á nuestros hermanos los portugueses, y á los que habitan en las Repúblicas hispano-americanas. Con los primeros estamos enlazados por vínculos naturales é históricos; con los segundos por los de la lengua, y también la Historia. Sólo la torpeza, la desconfianza y faltas pasadas, pueden explicar que no estemos unidos en apretado haz, ofreciendo un Estado casi humano-terreno por su extensión, como el que han concebido ciertos filósofos: nadie en situación como la nuestra para realizar este elevado ideal.

Nuestra pluma y nuestro corazón están al servicio de este ideal. Sépanlo nuestros hermanos portugueses y americanos que piensan del mismo modo.

Un poderoso rey de la India condensa al destierro á su hijo Rama. Este es el ídolo del pueblo, el héroe salvador de la patria. Cuando parte á cumplir el decreto de su padre, la población entera le sigue; gritos de dolor se oyen por todos lados, una muchedumbre inmensa se apaña en derredor del carro que le conduce, é interrumpe su paso.

Para lo extraordinario es que el mismo padre de Rama sigue también la comitiva, y es presa del sentimiento general, hasta el punto de que, no pudiendo soportar el peso del dolor, cae sin sentido sobre el polvo.

¿Cómo, sin embargo, le había condenado al destierro? Por cumplir la palabra empeñada. Había ofrecido á una de sus esposas, en cierta ocasión solemne, concederle cuanto le pidiera, y ésta le exigió el destierro de su hijo. El rey indio prefería destruir su corazón, sumir en el dolor á su pueblo, privarle de su más firme sosten á falta á la ley moral. Esto es luz.

Entre nosotros, varios ciudadanos se dirigen á otros diciéndoles: «Concedednos vuestros votos para representarnos: somos republicanos fervientes, y es eterno nuestro amor á la República.» Merced á esta promesa, obtienen los sufragios que solicitan. Estos sufragios, que forman la naturaleza del representante, á modo que varias moléculas de un metal simple forman un pedazo de este metal, esos sufragios, que constituyen un ser esencialmente republicano del cual Cristino, ó Eugenio, ó Blas, sea cualquiera el nombre que lleve, no es más que el signo, llegan á encarnar en un hombre que tiene lengua y labios.

Pues bien: aquellos labios por esencia republicanos, que al moverse en el Parlamento ó en los conciliábulos políticos no pueden, sin faltar á la fe que les ha dado ser y naturaleza, pronunciar palabras que no sean republicanas, votan por la Monarquía. Esto es sombra.

Con la falta de la fe jurada, con la traición á la causa que se defiende, con la apostasía, no se ha fundado jamás nada sólido. ¡Ay de las instituciones que entonan himnos de ventura por atraer á su causa esos gérmenes! Sus horas están contadas.

Con polvo de humo sólo se formará el color negro.

Las DOMINICALES ponen sus columnas á disposición de la sociedad «La Federación Británica, Continental y General», que persigue la noble idea de acabar con el cáncer de la prostitución reglamentada.

Nunca hemos podido darnos cuenta de cómo el Estado, que representa la justicia en la tierra, podía enviar á un delegado suyo, á un hombre digno y de carrera, á examinar si se cumplía la reglamentación del vicio.

Un aplauso fervoroso al conde de Xiquena, que ha hecho desaparecer de la vía pública el estorbo de los revendedores, como antes había extirpado de sus antros á los jugadores. Daríamos nuestro voto al señor conde para gobernador perpetuo de Madrid.

¿Se atrevería V. ahora, señor conde, á emprender la contra la prostitución? Los padres que mandan sus hijos á Madrid para que hagan carrera y sean hombres, y los ven volver al pueblo agangrenados, podridos, imbéciles ó inútiles, bendecirían su nombre.

La patria, que quiere hijos viriles, y no seres anquilados ó impotentes, le conservaría eterno recuerdo.

Hágalo, aunque sea por egoísmo político... Actos de este género, dan hartísimo esplendor á la Monarquía que el señor conde defiende, que los cortesanos que van á las recepciones paramentados de vistosos colores.

Nicolás Salmerón.

Cuando con el trascurso de los tiempos el Antiguo Régimen cuyos cimientos crujen, venga en ruinas, y sobre ellas se alce la República ibérica, con España y Por tugal unidos, y ese continente que hemos levantado con nuestros hombros del fondo de los mares, enlazado á nosotros por los nobles vínculos de la fraternidad y la justicia, y no por los viles de amo y siervo, nos envíe sus vírgenes é inagotables riquezas, mereced á lo cual pueda nuestro hermano, el hijo del cuarto estado, sentarse al banquete de la vida; España, esta patria querida, poseedora de tantos elementos históricos, de que la mayoría de las otras naciones carece, brillará con esplendor sin igual entre ellas.

Entonces, el genio de las artes, que nunca falta en los momentos de apogeo de los pueblos, enamorado de obra tan grande, dirigirá sus miradas al fondo de la Historia para encontrar los obreros que arrojaron sus cimientos; y sin duda verá destacarse entre todas, una extraordinaria figura que está aportando con sus brazos los más hondos y más firmes sillares; figura en la que se funden los rasgos de las más nobles razas que han sentado su planta en la tierra, y que por dicha nuestra han depositado en el suelo hispano, en sus tiempos de mayor apogeo, los frutos preciados de su civilización: la aria y la semítica.

No es extraño que entonces el artista, para dar satisfacción estética á su inspiración, erija en la plaza pública colosal estatua, en cuya frente cincele rayos del genio de los dos superiores representantes de ambas razas: del que hundiendo el pensamiento en la conciencia, supo sacar de ella torrentes de luz; del humano Sócrates, y del aquel otro que lanzando su espíritu á través del cielo azulado, buscó fuera la fuente de toda vida á Dios, y enlazó bajo él con amorosos lazos á todos los hombres: el divino Cristo.

Nadie, nadie puede negar á Nicolás Salmerón algo del semita y del griego, algo del filósofo y del profeta, fundido todo en apariencias externas, en aspecto, en actitudes, en movimientos, en palabras que traspasan grandezas: es una estatua viva que anda por el mundo.

Poco queda que hacer al artista futuro.

Sobre una medalla.

Ven, hija mía; te llamo hija, porque sabes que no te querría tu propio padre, si viviera, como yo te quiero; sientate sobre mis rodillas, y dame un beso. ¡Qué hermosa estás! ¡Cómo brillan tus ojos, qué pureza hay en tu frente, cómo brotan sangre tus labios! Todo en tí es inocencia, pureza, candor. Dios te ayude á conservar esa pureza. La mujer es una estrella de la vida, á la que se vuelven involuntariamente los ojos para recogerla: ¡cuánto brilla si es pura! La mujer es también á modo de un pomo de esencia, que cuanto más cerrado está, menos perfume pierde; por eso las niñas castas, cuando abren los labios, despiden por ellos aromas.

Pero, ¿qué llevas aquí colgado? ¡Ah! Es una medalla. ¿Quién te la ha puesto?... Te sonrojás no quiero violar tu secreto. Seguramente que habrá creído hacerte un bien quien te la ha dado.

Yo también he llevado una medalla al cuello; me la puso, besándola, mi santa madre. Mas, dime francamente: ¿piensas tú que ese metal tiene alguna virtud interna? ¿piensas que puede hacer bueno del que es malo?... Te encoges de hombros; dices que no lo sabes. ¡Vaya, que si lo sabes!

Vamos á ver: ¿no te acuerdas de la Antonia, aquella criada que tuvisteis, respondona, que sisaba y decía palabras feas, doblemente feas por salir de los labios de una mujer, que deben ser blandos y dulces como miel? ¿Te acuerdas que tuvo tu mamá que despediría porque daba mal ejemplo? Pues acuérdate también de que llevaba un escapulario, que es equivalente á la medalla, y además un cordón largo sobre el vestido, en señal de hábito.

Ahora, repara en que D. Fernando de Castro, cuyo nombre te he dicho debes tú, como toda mujer española, grabar en el corazón, porque fundando La Asociación para la Enseñanza de la Mujer y la Escuela de Institutoras, ha echado los cimientos de su elevación moral ante los hombres y ante Dios, y un insignie patrio cuya reciente muerte llora España, D. Estanislao Figueras; ni aún siquiera sobre su tumba han querido que se ponga el signo que más respetaban y amaban, y amamos y respetamos todos, el de la Cruz, y ya en un cementerio donde no hay símbolos, severo, como severa y recta fué su vida.

En cambio, esos feroces fanáticos, cuyo nombre te hace estremecer, los carlistas que se gozaban en ensangrentar el suelo de la patria y mataban y saqueaban é incoñdaban, y fusilaban á padres de familia indefensos, dejando á sus hijos huérfanos, esos llevaban sin falta al pecho un escapulario. También llevan su amuleto (otra suerte de medalla) los cafres, los indios, los comedores de carne humana, seres degradados que sólo tienen de hombre la apariencia, que moran en el interior del África ó en las islas de la Oceanía, donde no ha podido llegar aún un rayo de la bendita civilización.

Cuanto más descendas en la escala de la vida humana, hallarás más confianza en la virtud de la materia; cuanto más te elevas, más supremo te don hacia esas naderías.

¿No te dice esto ya bastante? No ves tu frente dispuesta para mirar á lo alto? ¿A quién piensas que se debe imitar: á los cafres, ó á los varones ilustres?

Ve que estás convencida; pero quiero que te cerciores más. Mira bien la medalla. ¿De qué es? De metal. ¿Y qué hallas de común entre ese metal y lo que te hace ser buena? obediencia, dulce, amable? Ese metal podrá comunicar sus moléculas á otro para formar con este otro una vajija, un mueble; pero ¿hacer alma? ¿prestar algo á ésta?... Imposible. Así se explica que, llevándolo sobre el cuerpo, se aliente un corazón de tigre que se solaza en la muerte de su hermano.

Si pues aspiras á ser buena, virtuosa, digna, como yo te quiero, como te querrán las gentes, como te querrá tu Hacedor, no busques el serlo mediante las virtudes que te comunique el oro, sino las que tú te labres en tu espíritu, mediante el estudio, el trabajo, la costumbre de hacer el bien, la observación de cómo obran los mejores, la atención permanente, constante á lo que oigas decir en el fondo de tu conciencia á Dios que no niega su consejo, á quien con pureza de intención quiere escucharle.

Cuida, pues, de hermosear tu alma y no confíes en la virtud de lo que no puede llegar más allá de la superficie del cuerpo.

Sé sobre todo pura: que tus modales, tus movimientos, tus palabras, sean la castidad misma. Así formarás el embeleso de tu familia, de tus amigas, de cuantas personas fijen en tí sus ojos. La sonrisa de una joven inocente derrama la alegría en torno suyo, como el sol derrama torrentes de luz. Los labios de la mujer impura están secos como las arenas del desierto: son la imagen de la aridez que ha de circundarla en la vida.

Sé respetuosa con los ancianos, con los mayores, y aun con los iguales; nunca disputes el primer puesto, ni aún el más humilde; si eres virtuosa, brillarás más en la última fila, que las que se atropellan por ocupar el primer término: seca con tus manos las lágrimas del pobre y deja correr las tuyas sin tasa cuando te toquen las desgracias del prójimo; pero no grites, ni gesticules, ni te descompongas, que esto es propio de almas vulgares: el que se echa fácilmente fuera, es señal de que tiene poco fondo. La joven que dobla la frente y deja rodar callando lágrimas de dolor, es un tesoro de poesía, que arranca quizá lágrimas también al que la mira; la que vocera y lanza ayes descompuestos, perturba y molesta.

Si el primer tesoro de la mujer es la pureza, el segundo es la obediencia. Este segundo debe brillar sobre todo en la mujer casada. Por algo ha hecho la naturaleza más débil á la mujer que al hombre. La hiedra delicada ondea y busca su sosten sobre el tronco y no al contrario. Si pues algún día tuvieres esposo, sé á su lado el trasunto de la docilidad y la obediencia. Claro es que tienes un entendimiento, y puedes ver, como el hombre, el bien y el mal, claro que debes dar tu criterio cuando haya lugar; mas llegada la resolución, inclina tu frente á lo que tu esposo ordene, aunque sea contrario á tu dictamen. Síguele á todas partes como la sombra al cuerpo; no luce la hiedra sin el árbol, aunque también es cierta la contraria: que así

como el bosque en que todos los troncos están recubiertos de hiedra es el que brilla con hermosura más espléndida, así la sociedad, para ser completa en hermosura, exige el parecido enlace de seres de ambos sexos.

Mas yo te exhorto, con mi alma, puesta en tu felicidad futura, que tanto anhelo, á que te cerciores bien antes de aceptar la fe que un hombre te ofrezca, si es digno de tí. No consultes sólo á los ojos del cuerpo, que son engañosos y te hacen creer, cuando caminas en el tren, que los árboles y las casas corren; acude á los ojos más hondos del alma, y ve con ellos seriamente antes de resolverte.

Una vez resuelta, no te apartes un punto de aquella ley de la obediencia: sufre con humildad las impertinencias, los caprichos, las sinrazones de tu esposo. Déjale hasta arrojar por la ventana tu hacienda y la de tus hijos. Consuétele todas las injusticias; sólo en una cosa no consentas, en lo que ataque tu dignidad: no hay ser humano que tenga derecho á arrastrar por el lodo lo que es excelso, lo que es divino. Van siendo frecuentes en nuestro país los hombres que entienden que han cumplido los deberes del hogar, arrojando algunos reales á la esposa para que atienda á la subsistencia de sus hijos, y que osan, á las puertas mismas de su casa, en presencia de éstos, ostentar una vida licenciosa. Muérete antes que consentir tanta baja. Mas como matarse voluntariamente, no hay persona de razón que lo haga, prevee esa contingencia y atesora en tu espíritu recursos para poder valerte á tí misma y á tus hijos. Esfuérzate estudiando y trabajando por adquirir alguna profesión con que poder ganar la subsistencia. Triste sería tu vida si tuvieras que dividir tu hogar; pero es muy hermoso el consuelo que recibe una conciencia pura al verse empeñada con heroica resolución en el cumplimiento del deber. El cariño que perdieras de tu esposo, te lo compensarían colimado tus hijos, enamorados de tu virtud. La emancipación de la mujer ha de consistir precisamente en esto: en encerrar valor propio, no para obrar como se le antoje, sino para cumplir con más cabal razón, con más pleno sentido, según exige su dignidad racional, la esfera total de sus deberes.

Yo no quiero cansar más tu atención. Básteme agregar que ni tienes que buscar en las medallas, ni en los escapularios, ni en las iglesias, el fondo de donde has de sacar la ley de tu conducta: indágalo mejor en las doctrinas de los hombres más grandes ó más santos, como el Cristo, Budha, Platon, San Agustín, Lutero, Kant, ó en las conductas de personas venerables, sin que creas que el traje engendra esa veneración; así, entre el cura D. Atanasio de aquel pueblo que conoces, que pasa el tiempo jugando al truco, y D. Pedro, el maestro de escuela, que has visto en los días de sol en el atrio de la iglesia enseñando con unioñ á sus pequeñuelos, y que pasa el resto del tiempo escribiendo en el ayuntamiento de que es secretario, para sostener sus ocho hijos, no dudes que éste es el más venerable.

Así, cuando pases por la puerta de la iglesia y veas entrar á D. Atanasio, no le sigas; quédate en el atrio oyendo lo que enseña á sus pequeñuelos D. Pedro.

El beso que estampo en tu frente pura, es símbolo de la pureza de intención que me guía al darte estos consejos.

DEMÓFILO.

Sección militar.

No lo ocultamos: la guerra nos causa horror; tenemos además, no ya la esperanza, la convicción profunda, labrada á la vista de la Historia, de que ese bárbaro medio, necesario hasta aquí para realizar los progresos más preciados de la Humanidad, desaparecerá con el tiempo totalmente.

Mas, por desgracia, ese tiempo no lo viviremos nosotros. Importa, pues, á la democracia no tratar de destruir un factor indispensable de la vida presente, sino modelarlo conforme á su idea; y así esta es llevar la verdad y la justicia á la médula de todas las instituciones sociales, no puede olvidar al ejército: que tras la brillante hoja de la espada se sienta palpitar otra cosa de brillo superior, la inteligencia, la idea: tal ha de ser nuestro empeño en este punto.

Por fortuna, el ejército español de cada día pruebas más evidentes de ser hijo fiel de su tiempo. Cien veces ha puesto su espada al servicio de la libertad, y nadie hay, ahora que no puede hacerlo en el campo de batalla, que conteste con ánimo más resuelto, cuando trata de alzar la cabeza el absolutismo humillado, que el escritor militar.

Desde la revolución de Setiembre, señaladamente, viene notándose un nuevo espíritu infundido en el ejército; á afirmarlo, ha contribuido en primer término el ensayo de servicio obligatorio, hecho en tiempo de la República. Ya no se miran con indiferencia, los asuntos militares; varios periódicos civiles abren sus columnas para consagrarles una sección especial. La sed de reformas razonadas se manifiesta diariamente dentro del mismo ejército: es la voz de un hombre, nuevo, inteligente, que al tocar la vieja é imperfecta realidad, protesta.

Alentáremos con todas nuestras fuerzas, y hasta donde ellas alcancen, ese espíritu. Mucho hay que hacer: la constitución interna de nuestro ejército responde al Antiguo régimen; el Código que le rige, es el de la monarquía patrimonial absoluta del pasado siglo, y el Estado presente es por sus fundamentos, aparte la sombra de los nombres, democrático: la Ordenanza y la Constitución del Estado pugnan, pues, en guerra abierta.

No lo olviden los que dirigen el ejército: la lucha diaria entre una legislación vieja y un hombre nuevo, con derechos sancionados en otra ley fundamental, y empapado en ideas distintas, no cesará hasta dar con los moldes militares en que encaje el espíritu democrático reinante. ¡Y cuánto no importará para el Ejército venir á este concierto, el que debe ser todo orden y armonía!

Mas formar una Ordenanza nueva no es obra de un día. Hay que hacer mil ensayos, hay que proyectar, reformar, equivocarse. Por eso, aun los que hagan trabajos imperfectos en este orden, merecen bien del país: para llegar á la estatua radiante de belleza, hay que comenzar por esbozar toscamente el mármol.

Con la ingenuidad que ha de rebosar en las columnas de este periódico, pero también con la seriedad que el asunto pide, y no olvidando jamás la inviolabilidad del dogma de la disciplina en que descansa la vida militar, iremos dando nuestro parecer, valga lo que valga, sobre las cuestiones más vitales de la milicia.

Por hoy, nos limitamos, después de lo dicho, á dirigir nuestro entusiasta saludo á esos valientes militares que en las montañas vascas ántes, y ahora tras las columnas de los periódicos, están siempre prontos á oponer en primer término su pecho contra las bordas defensoras del antiguo régimen.

MARIO.

ARTE

Teatro.

LAS ESCULTURAS DE CARNE

Drama de Sellés.

Tomar un pensamiento; concebirle en acción; engendrar personajes que lo encarnen; hacer que esos personajes no alienten, ni piensen, ni sientan sino con vista del pensamiento mismo; hacer que los conceptos, las imágenes, las frases, las palabras que pronuncian sus labios sean siempre concordantes con la idea, es ya un mérito superior en cosas de arte, donde debe resplandecer por encima de todo la unidad. El público sabe que Sellés queda en sus obras de acuerdo con esta suprema ley; sabe, además, que sustenta esa unidad en algún principio sólido de la vida; sabe que fustiga el vicio y eleva la virtud; y el público ama á Sellés. «Son sus amigos los que le aplauden», decía la noche del estreno de *Las esculturas de carne*; pero sus amigos eran la casi totalidad de los espectadores. ¡Dichoso el autor que tales simpatías goza! alguna razón habrá para ello.

En dicho estreno hubo quien, al ver su resistencia á presentarse al público, porque, pundo-noroso hasta la exageración, presumió que algunos no habían recibido con agrado su obra, lo levantó en sus brazos y lo llevó por fuerza en medio de la escena: el público aplaudió entonces estrepitosamente; y es que aquel osado era el órgano de todos.

Lo hemos dicho alguna vez á Echegaray: el público le admira, pero no le ama (claro es, como artista). Queda vencido ante la fuerza de su genio; le subyuga aquella grandeza en el concebir y delicadeza en el hacer; pero se pregunta, sin duda: «Y todo esto, ¿para qué?». «Me hace mejor?». «¿Me da algún principio?». «¿Me eleva?». Y como la contestación es negativa; como, por el contrario, ve en sus obras muchas veces eneflorearse la pasión, pero enseñorearse sin objetivo, sin fin, y ahogada en sangre la virtud, sin que sepa tampoco el objeto, de ahí el desvío del público.

En cambio, ve á Sellés sondear las llagas sociales, hundirles el puñal hasta el mango, limpiar la maldad, elevar la virtud, y dice: «Hé aquí un amigo. Este, no solamente ve mis desgracias, sino que trabaja noblemente por librarme de ellas; éste es un buen obrero de la vida; hay que alentarle y pasar por alto sus equivocaciones; es más que un poeta: es un hombre.»

Ahora te explicarás, lector, cómo teniendo razón los que la otra noche atribuían á las simpatías del público el triunfo de Sellés; los que estaban en lo cierto al creer que, sin esas simpatías, la obra hubiera fracasado en parte, ante un público tan vidrioso como el nuestro; los que llamaban á la escena á Vico, que, en efecto, había con su olímpica grandeza contribuido á salvar esos escollos, cómo, sin embargo, eran injustos al considerar pura pasión de amigos el éxito alcanzado. No: es que sobre los lunares de la obra veían todos ese aliento noble de Sellés, que le inspira los más elevados conceptos y las más bellas palabras.

Partamos, pues, de la base de que Sellés ha sido impulsado por una idea elevada al concebir su obra, que ha hecho resplandecer en ella la primera dote de las de su género: la unidad. Pero ¿ha cumplido las demás condiciones que exigen? Examinémoslo.

Indiquemos primero ligeramente el argumento.

Dos amigos de avanzada edad, inspiran su conducta en el egoísmo: suicida de la sociedad que nos rodea; los males del prójimo no les conmueven; que incendien ó roben la casa del vecino; que el Gobierno caiga ó se levante; que se hunda el mundo, siempre que no les toque á ellos, nada les importa: son, ante males semejantes, esculturas de carne.»

Uno de los amigos tiene una hija; el otro, un hijo de su primera mujer, y está casado en segundas nupcias con una hermosa joven. El hijo, Miguel, es el protagonista.

Cierto libertino, basándose el dote de la joven soltera y codiciando la hermosura de la casada, enamora á ambas. Miguel, que es virtuoso, que ama, además, á la joven y celia por el honor de su padre, se interpone en su camino. Los viejos, al contrario, guiados por su indiferentismo, no miran el peligro y casi ponen las víctimas en manos del seductor. Además le protegen, y dan toda su influencia á un tío suyo para que saiga diputado, con tal de que sirva á sus intereses.

Los deseos del libertino se cumplen: engaña á la joven, la roba, y su padre, para evitar el escándalo, se ve obligado á darle su mano; además, sacia sus criminales intentos en la casada. Sobre ello, y para abandonarse enteramente á los amores de éste, quiere provocar un rompimiento con su esposa.

Al sorprenderle Miguel expresando estos menudados intentos, sale á la defensa de su antigua amada, fustigando el rostro de su rival con los más duros epítetos é invocando las leyes de la naturaleza contra las de la sociedad y del matrimonio religioso, que opone el otro. Cuando, poco después, sorprende á éste convicto de haber manchado el honor de su padre, le coge, forcejea con él á brazo partido, lo lleva á la alcoba en que está el lecho nupcial, y allí, tras una lucha terrible, que el público no ve, aunque adivina, lo mata.

Los viejos, que acaban de saber que les ha hecho traición el diputado á quien protegieron, vendiéndose al Gobierno, entran precipitadamente en la escena al oír el estruendo, y quedan espantados á la vista de la catástrofe. Miguel, que sale de la alcoba con los vestidos desgarrados y todo descompuesto, encubre á su padre su deshonra para no amargar su existencia: le dice que no le ha faltado su esposa.

Tal es la acción.

Si bien resplandece en ella, como habrá podido verse, la unidad de la idea, para sostenerla ha tenido Sellés que atravesar grandes escollos; así, por ejemplo, no se ve el enlace de unos actos con otros. Al terminar el primer acto se marchan los personajes á un concierto; el espectador espera que pase algo en aquel concierto, pero aquel día

tal, que ha motivado una parte importante del desarrollo del primer acto, se olvida por completo, y aparecen todos los personajes al levantarse la cortina en el segundo, reunidos en las playas del Cantábrico. Al comenzar el tercer acto han pasado dos meses desde la terminación del segundo, y durante ellos se ha casado el seductor con la joven. Algunos espectadores tardan tiempo en enterarse de la situación de los personajes, y esto daña la claridad de la obra. Verdad que es pueril llevar al extremo la célebre unidad de tiempo de Aristóteles; pero tiene una raíz profunda, que debe estudiarse con gran cuidado el dramaturgo.

La lección tiene que ser dura y personal; Sellés ha creído que la mejor manera de acentuar esa dureza era matando; para ello ha tenido que motivarlo poderosamente; a su claro talento se le alcanzaba que a un personaje como Miguel no se le hace asesino tan en crudo que mata, puñal en mano, sin una exaltación grandísima de la pasión. Ahora bien, para provocar esa excitación ha forzado, como se suele decir, la máquina, presentando detalles al público, que no se avienen al carácter español.

Aun esto pudiera dispensarse como un exceso de celo en justificar lo que hoy va siendo injustificable ante una conciencia elevada, el tomarse la justicia por sí mismo; pero ¡qué aquella expresión canina de la joven cuando aparenta besar a su rival! El mordor es algo por bajo de lo humano, y el teatro se va a enaltecer. ¡Cuánto más no vale aquella ironía delicada que pone en las palabras de ambas?

Hay quien aplaude esos detalles so pretexto de que se ofrecen en la realidad, como si todo lo que ofrece la realidad pudiera presentarse en las obras de arte. ¡Cuántas cosas hacemos que ni aun entre gentes nos atrevemos a ejecutarlas? Que aparezca en la escena un personaje realizando todos los menesteres que el hombre cumple diariamente, y no habría quien no se separase de él la vista con repulsió. En la vida real misma, cuando vemos a personas que manifiestan sus pasiones por su aspecto contundente, las consideramos inferiores; las pobres mujeres del pueblo son las que se abofetean con más frecuencia.

No acertamos a comprender cómo hay gentes que, tomando el medio por el fin y la exageración por la virtud del género, se enamoran de las descripciones de peor especie de Zola. Entendemos que esas personas, al pasar por el lado de las cloacas y los sitios en que hay malos olores, se apartan instintivamente, y sin embargo, dicen que es muy hermoso leer su descripción; al mismo Zola le daríamos a elegir, entre vivir rodeado del fango, de la carne muerta y otras cosas semejantes que se goza en pintar, ó en un jardín aromatizado por las más hermosas flores.

Ya sabemos que el realismo a que tiene Sellés dista un mundo del de Zola; nuestra tesis se encamina a demostrar que es un error craso querer justificar un hecho en arte con el argumento de que se da en la realidad.

El detalle que censuramos en la obra de Sellés, que estuvo a punto de malograrse, era, como decimos antes, innecesario del todo; no influía en la marcha de la acción, cuando más, atestiguaba un estado grande de excitación nerviosa, y lo nervioso, por serio, no es factor interno de la obra de arte.

Sellés es sin duda el dramaturgo contemporáneo más español; tiene todas las grandezas y defectos de nuestros autores del siglo de oro. Sus personajes en esta obra parecen calcados sobre los de aquellos; les falta la pasión, son personajes épicos más que líricos; carecen de carácter. Son ergotistas consumados; discuten temas, y el que vence entona un hermoso himno, que el público aplaude entusiasta. La joven reflexiona como un filósofo. De sus labios sale la frase dirigida a los viejos, de que son esculturas de carne; ella dice también que quiere que la amen personas que tengan creencias, lo cual no obsta para que deje a Miguel, que las tiene, para escaparse con el libertino, que sólo revela pequeños y nada.

El carácter de los viejos está también exagerado en punto a su excesiva confianza con las mujeres. Miguel, que es la figura más hermosa, revela demasiado su carácter: sermona mucho, se declara demasiado. La línea curva es generalmente más bella: hay que dejar adivinar al espectador, que se regocija de ver que tiene inteligencia para comprender por sí mismo; lo otro es acusarle de torpe. Hay que tomar en consideración más en este punto a los alemanes y a los ingleses, sobre todo Shakespeare.

Los personajes principales deben ser una especie de balada viva, deben dejar pendiente la interpretación de su fondo al que los contempla. No hay quien pueda tocar al fondo de Hamlet: se vislumbra un talento inmenso a través de aquellas frases sencillas ó indiferentes. A nadie revela sus secretos.

La obra dramática debe fundar por eso la unidad de la acción en la pasión y en los personajes; que éstos la vayan como sacando de sus entrañas. Sellés ha puesto el problema inversamente, como lo hacían nuestros clásicos; ha hecho a los personajes instrumentos de la acción que ha concebido; por eso tiene más de épica su unidad que de dramática. Por eso los personajes quedan fríos; por eso cuando, llevado de sus dotes dramáticas, que las posee en alto grado, y de su talento superior, ha querido traer situaciones culminantes en que vibren las pasiones, han resultado frías: eran hechos aislados, los personajes no tenían antecedentes que justificasen aquella vehemencia.

El mismo protagonista, que es un español de pura raza, con sus puntas de africano para vengar con su brazo las injurias, en cuanto al amor, es bastante condescendiente: no le hace mella la ofensa de que su amada le deje por otro; apenas si se da por resentido.

En cuanto a expresión, hay algo que no nos ha satisfecho y que no lo encontramos propio en Sellés; él, de gusto tan delicado y de tan elevado espíritu, se ha dejado llevar algunos momentos, aunque escasos, de lugares comunes. No está entonada aquella descripción del hurto del primer acto ni alguna que otra frase.

Cierto que esto es la excepción. En general, la expresión rebosa pensamiento y revela un talen-

to de primera fuerza; ¡qué frase más castiza, más vigorosa, más acerdal las palabras pinchan como las espadas, ó cortan y quedan tintas en sangre como el hacha de su magistral cuento. Juzgue el lector por algunos ejemplos. Habla Miguel a su amada:

«La virtud es donde quiero; el candor, donde lo llevan. ¡La pureza también pura, baja del cielo la nieve, extiende su masa leve sobre no pisada altura, y allí vivirá sin fin manto de plata bizarro. Caiga la nieve en el barro, y tomando el molde ruín y el color anegrecido del revuelto cenagal, aumenta el sucio caudal de aquel foco corrompido. La inocencia, así de todo toma forma y toma alifio. ¿Cae en la altura? Es armíño. ¿En el lodo? ¡Será lodet!»

Hé aquí ahora el cuento que refiere también Miguel a su madrastra:

«Oye a este caso una historia, no sé nombre ni lugar, y siento el nombre olvidar: el sitio no hace a la gloria. Era una madre por nombre, y mujer por sus engaños, y era un niño por sus años, por sus hechos más que un hombre. El rapaz, amor lascivo vivió en su madre descubierta, y pensó: «mi padre es muerto, mas su nombre está en mi vivo. y a su madre dijo así...» «Por Dios que guardes piadosa el hoyo donde el reposa y el lecho donde nació.» Reprendió ella la audacia, y en vez de enmienda, vivió el niño frialdad en su cariño y en el torpe contumacia; que como aquella también se aleja por ley fatal todos los que quieren mal de los que les quieren bien.

(Cármén, que efectivamente se había ido alejando temerosa y avergonzada de Miguel, se acerca rápidamente a él y escucha con ansiedad.)

(Pausa.)

Tras angustiosa velada, hacha al brazo, fiebre al pulso, entróse el niño convulso en la alcoba profanada.

CÁRMEN. ¿Y la hirió? (Con ansiedad y terror). MIGUEL. Lo intentó en vano;

la besó, cayó de hinojos, lloró, y por secar sus ojos rodó el hacha de su mano, y al despertar ella ve, cuando aún sueña en el que ama, el hacha junto a la cama, y el hijo dormido al pie. Nada sospechó la amante, cómo sospechar ni en sueño, en un cuerpo tan pequeño espíritu tan gigante? No enmendó en ella la injuria, ni en el rapaz la justicia: creció en ella la malicia; dobló en el niño la furia, y vivió tanta liviandad, que otra noche entróse quedo: vencieron la fiebre al miedo la vergüenza a la piedad, y el mundo atónito ve, junto al hacha ensangrentada, a la madre degollada y al niño llorando al pie.

La continuación del diálogo es de primer orden y acusa la fuerza lógica del pensamiento de Sellés y su talento dramático.

CÁRMEN. ¿Qué crimen! (Aterrada). MIGUEL. ¿Cuál de los dos? El del hijo.

CÁRMEN. ¿El de la madre? El tomó el hacha del padre y la inspiración de Dios.

CÁRMEN. Pues bien, te juro por él que en mí no existe hasta ahora tacha vil ni acción traidora.

MIGUEL. ¿Y ni un sentimiento infiel? (Pausa durante la cual Miguel interroga con la vista a Cármén, que calla como no aventurándose a una afirmación falsa).

«Habla, que lo quiero oír; que en liviandad de mujer la mancha está en el hacer mas la culpa en el sentir. Consintiendo tus agravios, delincuento me confieso. ¡Agraviar! No quieren eso ni mi intención ni mis labios, (Arrodillándose) que besan en tu redor pidiéndote caridad. (Cármén huye de Miguel; ésta la sigue arrastrándose por el suelo atido a los vestidos de ella. Arrastras mi dignidad. Porque no arrestes mi honor. Ya abusas de mi cariño. No me sigas. Donde fueres. ¡Eres un hombre! Levantándose con brío y decisión en actitud amenazadora.)

«Es que quieres que me acuerde de aquel niño? (La coge violentamente del brazo y la detiene.)

CÁRMEN. Miguel. Miguel.

El público cubre de aplausos este delicado enlace del cuento con la acción dramática.

En conclusión, la obra en conjunto merece el aplauso y la admiración del público; y si tiene sus faltas y si tiene sus detalles espinosos, esos se pueden y deben decir para que se corrijan; pero no en modo alguno para resumir en ellos la obra y censurarla, como querían hacerlo imprudentemente, algunos, la noche del estreno.

Lo que nos conduce es que tarde tanto Sellés en ofrecernos los frutos de su entendimiento poderoso. Preferimos hacer preterición de los actores, con exclusión de Vico, de quien hablamos en otra parte. Por su desgracia, se han visto obligados a hacer la obra de Sellés, que está fuera de su escuela y de sus hábitos: hicieron lo que cabía en sus facultades, y merecen más consideración que censura.

DEMÓFILO.

¡Honor a Vico!

El público ha visto circular por los periódicos estos días el nombre de Vico, con motivo de la provisión de una vacante de profesor en el Conservatorio. Los sesudos consejeros de instrucción pública han preferido a otro actor. Esto no quita para que Vico sea un genio, una gloria nacional. Los señores consejeros han sido consecuentes con lo que representan; en las oficinas no se juzga a los artistas: se les juzga en el templo del arte. Digan los espectadores del estreno de la obra de Sellés el juicio que Vico mereció al público. Todos estaban admirados de la grandeza del actor. Si no tuvo una ovación inmensa, fué porque no se entendiera que era para atribuirle el mérito de la obra; los que llamaban a Sellés no era que dejaran de llamar también a Vico, sino que protestaban contra aquellos que apasionadamente dejaban de comprender que no hay actor que levante una obra que es mala. Pero es un hecho que Vico rayó en lo indecible. Cuando languidecía la escena en el primer acto, se presentó él y pareció como si cambiara el espectáculo; con su noble continente, con su gesto, con la dignidad de sus modales, atrajo sobre él todas las miradas. El público experimentó un cambio semejante al de la transición de la sombra a la luz, sintió alegría. Habló con aquella palabra tan armoniosa, de un tinte especial de sentimiento, y los aplausos se oyeron al punto: sobre ser sonora y llena su dicción, es clara y distinta; pronuncia las palabras con separación de cada sílaba, aunque las imprima más ó menos movimiento. La señorita Mendoza, que tiene una voz muy dulce, y facilidad para manejarla, debiera aprender en esto de Vico; a veces precipita demasiado las palabras y no se la entienden. La pureza en todo, en los sonidos, en el agua, en las perlas, en la esencia de las cosas en general, es condición indispensable de su belleza; mas para ser puras, tienen que ser distintas; precipitar las sílabas, confundir el sonido de unas con otras, es ya arte artístico. Insisto en el detalle, porque es defecto común de nuestros actores. Por fortuna, Vico no lo tiene: todo el mundo le entiende; y sin embargo de no faltar en sus palabras el acento prosódico, falta menos el de la pasión. Mas no expresa Vico sólo en las palabras: expresa en los gestos, en la mirada en la actitud; sabe que todo el cuerpo es expresivo para el actor, y así, aun estando oculto, como está cuando al final de la obra lucha con su contrario, se le siente en la escena. El público le ve en su fantasía, y en ella le admira. ¡Qué manera de salir a la escena después!

Hay que declarar con noble orgullo nacional: Vico es un actor grandioso, genial.

Pero es un hombre desgraciado: aquella naturaleza no puede resistir tanto trabajo; se está matando. El público no sabe lo que es dirigir un teatro y trabajar a la vez diariamente como actor. Cuando termina una escena, se le ve jadeante, falta de respiración, sin poder hablar. Es deshonroso para nuestro país consentir en esto.

¿No puede hacer algo el Estado para evitar que Vico se mate así mismo? ¿No pudiera evitarlo el ayuntamiento de Madrid?

Concedo en que no se le haya dado la cátedra del Conservatorio; de ser yo consejero, hubiera votado en contra, porque él no debe enseñar, sino hacer; que más lección para los alumnos que ir a verle en la escena? pero hubiera presentado al punto una proposición solicitando del Gobierno que, en vez de adquirir obras de texto que no sirven para maldira la cosa, y de hacer otros mil gastos inútiles, se le señalase un sueldo cuadruple del de la clase con la sola obligación de trabajar una ó dos veces por semana en el Español.

Y el Ayuntamiento que subvenciona ese teatro no puede hacer algo por Vico? ¿se proteger el arte más, pagar los ladrillos y la cal que es que compone el edificio en que se representan las obras que recompensar al genio vivo? En casos excepcionales, las instituciones como los individuos, obran excepcionalmente, y el pueblo de Madrid aplaudiría a su Ayuntamiento si señalase un sueldo decoroso al actor, lo mismo que aplaude a éste.

Cuenta que esto no es una solicitud del interesado, de quien no soy amigo; es un desahogo de los sentimientos que me ha inspirado la grandeza de su genio.

¡Honor a Vico!

DEMÓFILO.

Un cuento de Boccaccio.

Como muestra de lo que era la católica Roma en el siglo XIV, en aquellos tiempos que forman el ideal de la gente de Iglesia, insertamos este agudo cuento del célebre autor del Decamerón: «Había en otro tiempo un famoso negociante en telas de seda, llamado Giannotto di Civigní, tan estimable por su franqueza y rectitud de carácter, como por su probidad. Era íntimo amigo de un judío muy rico, negociante como él, y no menos honrado. Como conocía mejor que nadie sus buenas cualidades: «¡Qué lástima, decía para sí, que un hombre tan bueno se condenara!» Giannotto creyó, pues, deber exhortarle por caridad a abrir los ojos sobre la falsedad de su religión, que tenía continuamente a su ruina, y sobre la verdad de la nuestra, cuya preponderancia va en aumento todos los días.

Abraham contestóle que no conocía ley más santa ni mejor que la judaica; que habiendo nacido en dicha ley, en ella quería vivir y morir, y que nada podría hacerle cambiar de resolución ó de este respecto.

Esta contestación no disminuyó el celo de Giannotto, sino que pocos días después volvió a insistir sobre el mismo tema. Hasta trató de probarle, con las razones que eran de esperar de un hombre de su profesión, la superioridad de la religión cristiana sobre la judaica; y aunque tenía que habérselas con persona muy enterada relativamente a sus creencias, no tardó en hacerse escuchar con agrado. Desde dicho momento, reiteró sus instancias; empero, Abraham mostróse siempre inquebrantable. Las solicitudes por un lado, y las resistencias del otro, seguían su camino, cuando, finalmente, el judío, vencido por la constancia de su amigo, le habló un día de esta suerte: «¡Tú quieres, pues, absolutamente, querido Giannotto, que abraze tu religión? Bien: consiento en satisfacerle, pero con una condición; que iré a Roma para ver el que tú llamas Vicario general de Dios sobre la tierra, y estudiar su conducta y sus costumbres, lo mismo que la

de sus cardenales. Si por su método de vida puedo comprender que la religión es mejor que la mía, como tú has llegado casi á persuadirme, te aseguro que no titubearé ni un momento en hacerte cristiano; empero, caso de observar lo contrario de lo que espero, no deberá sorprenderme si persisto en la religión judaica y me aferro á ella más y más.»

El buen Giannotto quedó muy afligido de semejante discurso. «¡Justo cielo! decía; yo creía haber convertido á este buen hombre, y hé aquí perdidos todos mis afanes. Si va a Roma, no puede dejar de ver la vida escandalosa que llevan la mayor parte de los clérigos; y entonces, lejos de abrazar la religión cristiana, seguirá, indudablemente, más judío que nunca.» Luego, encarándose con Abraham: «¡Ah! amigo mío, díjole, ¡por qué ese trabajo de ir a Roma y hacer el gasto de tan largo viaje? Además de que todo es de tomar en el mar y en los caminos para un hombre tan rico como tú, ¿crees que faltará aquí quien te bautice? Si, por ventura, tienes todavía alguna duda sobre la religión cristiana, ¿dónde encontrarás doctores más sabios é ilustrados que en París? ¿Los hay en otras partes más aptos para contestar á tus preguntas y resolver todas las dificultades que puedes proponer? Así, pues, ese viaje es inútil. Imagínate, querido Abraham, que los preladados de Roma son parecidos á los que aquí ves, y tal vez mejores, estando más cerca del Soberano Pontífice, y viviendo, por decirlo así, bajo sus miradas. Si quieres, pues, seguir mis consejos, caro amigo, aplazará el viaje para otra ocasión, en tiempo de jubileo, por ejemplo, y entonces tal vez pueda acompañarte.»

«Quiero creer, querido Giannotto, contestó el judío, que las cosas son tal como tú dices; empero, si he de declararte con franqueza lo que pienso y no abusar de ti con vanos rodeos, nunca cambiaré de religión á menos que haga ese viaje.» El convertidor, viendo que cuanto dijera sería inútil, no se obstinó más en combatir el intento de su amigo. Por otra parte, como no le iba ni le venía, según suele decirse, en el negocio, no le inquietó mucho la resolución de su amigo; mas no dejó de estar convencido de que se le escaparía su prosélito si veía una sola vez la corte romana.

El judío no perdió momento para ponerse en camino, y defendiéndose poco tiempo en las ciudades que atravesaba, pronto llegó á Roma, donde fué recibido con distinción por los judíos de la capital del orbis cristiano. Durante su estancia en dicha ciudad, sin haber comunicado á nadie el motivo de su viaje, tomó las medidas más prudentes para conocer á fondo la conducta del Papa, de los cardenales, de los preladados y de todos los cortesanos. Como no carecía de actividad ni de tacto, no tardó en ver por sí mismo y con la ayuda ajena, que desde el más grande al más chico, todos estaban corrompidos, entregados á toda suerte de placeres naturales y contra naturaleza, no habiendo freno, ni remordimiento, ni pudor; que la depravación de costumbres había llegado á tal grado, que los empleos, aun los más importantes, sólo se obtenían por influjo de las cortesanas y de los guitones. Observó, asimismo, que, semejantes á viles animales, no se avergonzaban de degradar su razón con los excesos de la gula; que, dominados por el interés y el demonio de la avaricia, valíanse de los medios más bajos y odiosos para procurarse dinero; que traficaban con el sangre humana, sin respetar siquiera la de los cristianos; que se hacía de las cosas santas y divinas, de las oraciones, de las indulgencias, de los beneficios, otros tantos objetos de comercio, y que había más corredores en dicho género, que en París de paños y otras mercaderías. Lo que no le sorprendió menos fué el ver dar nombres honrados á todas esas infamias, á fin de echar una especie de velo sobre sus crímenes. Llamaban «culdados de su fortuna» á la descarada simonía; «reparación de las fuerzas» á los excesos de la gula en que se engolfaban, como si Dios, que lee hasta en las intenciones de las almas corrompidas, no conociera el valor de las palabras, y se pudiera engañarle dando á las cosas nombres distintos de su verdadera significación.

Las desarregladas costumbres de los sacerdotes de Roma eran bien capaces de indignar al judío, cuyos principios y conducta se basaban en la decencia, la moderación y la virtud. Instruido de cuanto quería saber, apresuróse á regresar á París. Al tener Giannotto noticia de su regreso, va á verle, y después de los cumplidos de rigor, le pregunta, casi temblando, lo que pensaba del Padre Santo, de los cardenales, y en general, de los demas eclesiásticos que formaban la corte romana. «Que Dios los trate como se merecen, contestó vivamente el judío; pues sabrás tú, mi querido Giannotto, que si, como puedo gloriarme, he juzgado bien cuanto he visto y oído, no hay en Roma un solo sacerdote písdoso y de buena conducta, aun exteriormente. Me ha parecido, al contrario, que el lujo, la avaricia, la intemperancia y otros vicios todavía más escandalosos, si es posible que los haya, están en tanto prestigio entre el clero, que la corte de Roma es más bien, según mi opinión, el hogar del infierno que el centro de la religión. Diríase que el Soberano Pontífice, y los demas sacerdotes á su ejemplo, sólo buscan destruir, en vez de ser su sosten y sus defensores; empero, como veo que, á despecho de sus culpables esfuerzos para desacreditarla y extinguir, ella se difunde más y más y florece de día en día, de ahí concluyo que es la más verdadera, la más divina de todas, y que el Espíritu Santo la protege visiblemente. Así, pues, te confieso con franqueza, caro Giannotto, que lo que me hacía resistir á tus exhortaciones es precisamente lo que ahora me determina á hacerme cristiano. Vamos al momento á la iglesia, para que reciba el bautismo según los ritos prescritos por tu santa religión.»

«El buen Giannotto, que aguardaba una conclusión muy distinta, demostró el mayor júbilo al oír hablar de tal suerte á su amigo. Condióle, pues, al templo de Nuestra Señora; fué su padrino; hizo bautizar y dar el nombre de Juan. Luego le hizo entablar relaciones con hombres muy ilustrados, que acabaron de perfeccionarle en su educación cristiana. El nuevo converso fué citado desde aquel momento como un modelo de virtudes.»

Cartilla del obrero.

La cuestión social.

Nos proponemos darte á conocer obrero, hermano en el trabajo, las cosas que amas, en la forma más sencilla. De tus manos sale el pan que nos alimenta á todos; tú sustentas la república con tu sudor; eres bien acreedor á que nosotros, los que sólo por tí podemos dedicarnos á pensar, nos preocupemos de tu suerte, y te levantemos y te ayudemos á gozar de los bienes que nosotros gozamos ya. Vamos á hablarte de cuanto te pueda interesar: de tu condición, de tus desgracias, de tu triste estado; pero á la vez, de aquello de que eres capaz, de lo que puedes ser, y á lo que tienes derecho á aspirar, quo es á todo, absolutamente á todo lo que goce y disfrute el resto de los hombres. No te adularemos: ya ves cuán pérdidas han sido muchos que se han valido de tus honrados brazos para alzarse; te enseñaremos nuestro corazón y nuestro pensamiento; te diremos la verdad con amor.

Hoy vamos á dedicar algunas líneas á tra- tor de tu estado: ¡qué eres en la vida mate-

ria! Todo. ¿Qué gozas de ella? Nada, ó casi nada.

Esto es injusto, á todas luces injusto. Imagínate que estamos reunidos gran número de hombres en un taller: en él unos somos albañiles, otros panaderos, otros carpinteros, otros herreros, etc., y hacemos hermosas casas, y delicado pan, y herramientas para todas las artes y mesas, y sillás, y muchas cosas más; y todo aquello que sale de nuestras manos es para el goce de lo que ha nacido hijo de rey, ó de conde, ó de marqués, ó de banquero, ó de la beata que pasa el día en la iglesia dándose golpes de pecho, ó de la cortesana que va por las tardes al Retiro, arrastrada en carroza brillante, para ofrecer el límite de los goces terrenales á esas gentes que no pertenecen á nuestro taller, mientras que nosotros, al regreso de nuestro trabajo, en esos momentos de reposo indispensables al que es parte de la tierra, como nosotros lo somos, cuando vamos á comer, dormir, dar algo de expansión á nuestro corazón entre los brazos de nuestros hijos y nuestra esposa, nos encontramos que, siendo albañiles, no tenemos casa, porque no se puede llamar así la habitación en que estamos hacinados padres, hijos y animales domésticos; ni pan, ni muebles en que descansar, ni utensilios para los más indispensables usos...

«¿Es esto justo? Los que no producen y vaguean, tienen de todo, son ricos; los que producen y no vagamos, somos pobres, no tenemos que comer.

«No es verdad, amigos míos, que tal es nuestro estado social?

«Ante el alma pura, el alma que ha formado Dios, donde domina la razón y la justicia, pero donde reside también la pasión y el sentimiento, tal estado produce uno de estos tres movimientos: ó de irritación y venganza, ó de apelación á una justicia divina realizada en otro mundo, ó de serena consideración hacia el hecho para evitarlo y darle también serena y justa sanción en la tierra.

«El primer movimiento es el que nos domina á vosotros usualmente; la represalia, la venganza: quisierais dar sanguinolento castigo á la vida infame que hacen los vagos, que tienen como vosotros conciencia del bien y del mal, y se muestran indiferentes á vuestras desgracias; pero ello no justifica jamás el que á vuestra vez alberguéis viles sentimientos, como son el de la venganza y represalia.

«El segundo es aquel, puro, de un alma inmaculada como la del Cristo, que no encontrando medios de remediar el mal en la tierra, acude á la justicia del cielo y lo del camello y el ojo de una aguja.

«El tercero es el del hombre de nuestro tiempo, que ha vivido ya mucho, que es muy anciano y sabe las resistencias que ofrece la tierra para que la justicia brille en ella, y sabe también los medios que debe poner en práctica para abreviar su vejez. Hombre á quien no intimidan las bayonetas con que los mesócratas de hoy quieren oponerse á la voz de igualdad y fraternidad que lanza nuestro siglo, sin acordarse de que así como ellos y vosotros unidos tomasteis á la Bastilla cuando los nobles y el rey decían que era imposible, el cuarto estado, tomará también á la Bastilla: en que ellos quieren, dementes, aprisionar nuestras ideas; hombre que con la historia en una mano y el pensamiento puro en otra; anhelando justicia, pero conteniendo el corazón con las manos para que no se desborde, porque sabe que ese desbordamiento es tan fatal á la causa del pueblo como la reacción hominosa le dice, cuando ve un amigo exagerado ó sediento de venganza: ese es un ignorante ó un infame; mientras que no se llama tampoco cuando ve á los privilegiados, armados hasta los ojos, apuntar con los fusiles, al corazón del pueblo, por que cuenta esos fusiles y quien los lleva, y sabe que si es cauto y tiene arte, los cambiará en la dirección de donde vienen Nosotros te de mostraremos, sin embargo, que no necesitarás esgrimir ningún arma: que así como el Creador remueve sin pólvara ni dinamita la tierra y los astros que pueblan el universo, por su eterno poder, así nosotros, que tenemos alguna parte de él, en eso que se llama la idea, removeremos el que se opone á nuestro paso, que es harto más débil.

«¿Qué alegría vencer obstáculos, como Dios, por la fuerza invisible de las ideas! ¡Qué tristeza tener como hasta aquí que derramar la sangre de hermanos quizá extraviados!

Nuestra pobre República, tan pecadora en otras cosas, cuán sin mancha está en este punto! Venid por la fuerza de la verdad; no cosed una gota de sangre á nuestro hermano el soldado.

«No debemos abrigar, después de este hecho, legítima esperanza de vencer pacíficamente!»

«¿Cuál es la mejor solución al problema social; la de la represalia, la de dejar la justicia á Dios, ó la de aplicar aquí nuestra justicia y evitar á Dios tener que coher al fuego al rico, evitando que lo haya, cuando menos en la forma de vago, que es la condenación?»

«He aquí cuestiones de que hablaremos en otros artículos.»

Problema.

Llamamos la atención de los jóvenes acostumbrados á resolver problemas de Matemáticas, ya que, por fortuna, tantos se cuentan hoy en nuestro pueblo, hacia el interesante problema que sigue:

«Se trata de saber quién es el Padre, quién el Hijo y quién el Espíritu-Santo á que alude este fragmento, que tomamos de uno de los más grandes hombres que cuenta el catolicismo en nuestro siglo.»

«Hé aquí ahora el fragmento: «Allí está el Dios católico, uno y trino; uno en esencia, trino en las personas. El Padre engendra eternamente á su Hijo, y el Padre y el Hijo proceden eternamente el Espíritu-Santo. Y el Espíritu-Santo es Dios, y el Hijo es Dios, y el Padre es Dios; y Dios no tiene plural, porque no hay más que un Dios, trino en las personas y uno en esencia. El Espíritu-Santo es Dios, como el Padre, pero no es Padre; es Dios como el Hijo, pero no es Hijo. El Hijo es Dios como el Espíritu-Santo, pero no es Espíritu-Santo; es Dios como el Padre, pero no es Padre; el Padre es Dios como el Hijo, pero no es Hijo; es Dios como el Espíritu-Santo, pero no es Espíritu-Santo.»

La inmortalidad á quien lo acierta.

Estos anuncios proceden de la Redaccion, y su insercion es gratuita. No se admiten anuncios de pago, ni redactados por los interesados.

LAS DOMINICALES DEL LIBRE PENSAMIENTO

PERIÓDICO SEMANAL

ADMINISTRACION: CORREDERA BAJA, NÚM. 59, SEGUNDO DERECHA

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid, trimestre, 2 pesetas.—Provincias, id., 2,5 id.—Extranjero, año, 12 id.—Ultramar, id., 20 id.

Número suelto del día, 10 céntimos. Atrasado, 25 id.

La Redaccion dará cuenta de toda obra de que reciba dos ejemplares.

La Redaccion no responde de los artículos firmados.—No devuelve los manuscritos.—La Administracion no admite anuncios de pago.

INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA

INFANTAS, 42

Este establecimiento, se consagra hoy á la *educacion general*, esto es, á la llamada primera y segunda enseñanza. Es ajena á todo espíritu de partido, religion, ó escuela determinadas. Cuenta entre sus profesores y cooperadores á hombres de opuestos campos de la vida política militante, como Pelayo Cuesta, Azcárate, Giner, Alonso Martinez, Carvajal, Labra, Moret, etc., etc. Los profesores se consagran exclusivamente á educar á los alumnos ó instruirlos en las diferentes ramas de la cultura, mediante explicaciones en las clases, en los paseos, en las visitas á Museos, talleres, fábricas, y toda clase de establecimientos que hay en Madrid, así como en las excursiones frecuentes que hacen por toda España, y aún por el Extranjero.

Es un establecimiento modelo que honra á nuestro país. Los padres que quieran dar una sólida instruccion á sus hijos, y ademas educarlos en sus deberes usuales, envíenlos á la Institucion Libre de Enseñanza.

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS NIÑOS

Esta Sociedad, cuyo título basta á acreditar su objeto humanitario, recoge á los niños abandonados y los ampara temporalmente en el *Refugio* que tiene establecido en la calle de Claudio Coello, núm. 32.

Tiene abierta consulta médico-alopática diaria de 8 á 9 de la mañana, pública y gratuita en su local; la tiene tambien homeopática en la Travesía de Trujillos, núm. 3, de una á dos de la tarde. En ambos locales se aplica gratuitamente la vacuna todos los sábados de una á dos de la tarde.

El *Refugio* recibe á cualquier hora del día y de la noche los niños que se encuentran perdidos en la vía pública.

La Sociedad protege á los niños que son víctimas de malos tratamientos y tiene establecida una consulta jurídica gratuita, en casa de D. Fermin Hernandez Iglesia, Travesía de la Parada, número 10, 2.º, para proporcionar los informes y consejos que se le pidan á nombre de los niños pobres, huérfanos ó desamparados, y promueve y sostiene las reclamaciones administrativas y los pleitos y causas que interesen á aquellos desgraciados seres.

La piedad que respiran los fines de esta Sociedad que acabamos de enumerar, la hacen acreedora á las simpatías y al aplauso del público, que debe prestarla toda su cooperacion.

ASOCIACION PARA LA ENSEÑANZA DE LA MUJER

CALLE DE LA BOLSA, 14

Esta asociacion, fundada por el piadoso D. Fernando de Castro con el solo fin de elevar y ennoblecer á la mujer española mediante la educacion é instruccion, ha progresado notablemente, merced á la devocion que presta á esta idea el Sr. D. Manuel Ruiz de Quevedo, á la que coadyuvan *catedráticos* distinguidos de la Universidad, explicando sin remuneracion alguna las clases.

Ademas de la Escuela de Institutrices, cuya matricula está cerrada, existen ya varias otras de aplicacion, á saber:

Escuela de correos y telégrafos.—Honorarios, 5 pesetas mensuales por todas las asignaturas de un curso; 5 por la práctica de Telégrafo; 2 por cada asignatura suelta.

Clases de lenguas: ingles, aleman é italiano.—Por una de las asignaturas de ingles ó aleman, 10 pesetas al año. Por la de italiano, 5 pesetas mensuales.

Clases de dibujo del yeso y de pintura.—Por una asignatura, 10 pesetas todo el curso; por las dos, 15 pesetas todo el curso.

Clases de armonium.—10 pesetas por todo el curso.

Escuela de comercio.—Está cerrada la matricula.

La Asociacion se sostiene mediante las pequeñas cuotas de los socios, y por algunas subvenciones de corporaciones y particulares.

Cuantas personas de espíritu ilustrado y que comprendan la importancia de semejante institucion que ha de ser una de las más sólidas raíces de la regeneracion de nuestra patria, deben hacerse socios.

JOAQUIN COSTA (OBRAS).—LA Teoría del hecho jurídico, y otras varias obras de este joven orador y escritor, deben ser seducidas á la atencion del público. Admiran por la erudicion que revelan y la profundidad de pensamiento.

LAS CUENTAS DEL ESTADO EN Inglaterra, en Francia y en España, por Mr. A. J. Wilson, con una introduccion por el marqués de Riscal.—Llevar bien las cuentas del Estado es ahorrar mil gastos inútiles al contribuyente. Este, si tiene entendimiento debe, ayudar al marqués de Riscal en su obra de impulsar al Gobierno á que lleve bien las cuentas. Para ello que comience por leer su interesante folleto.

ENCICLOPEDIA POPULAR ILUSTRADA de Ciencias y Artes.—Formada con arreglo á la Enciclopedia iconográfica y el «Conversation lexicon» de Alemania, por Federico Gilman. Es un tesoro de cultura que haciendo penetrar por los ojos las cosas con su forma y color, ahorra inmensas fatigas al pensamiento.

MAPA DE ESPAÑA DE VOGEL.—M Recomendamos particularmente este mapa de nuestra patria, editado en la sabia Alemania, que no tiene igual en cuanto hemos hecho nosotros, ó han hecho los restantes pueblos extranjeros. Los militares, sobre todo, necesitan imprescindiblemente poseerlo.

ATLAS STILLER.—MAGNIFICO ATLAS de que forma parte el mapa de España de Vogel. No hay nada superior en este género. (Librería de Gutenberg, calle del Príncipe.)

ULINARES.—PERIÓDICO BISEMANAL que se publica en la ciudad de su nombre. Es un resuelto adalid de la República.

EL ECO BILBILTANO.—DIARIO sostenido por todas las fracciones republicanas de aquella localidad. Su ensaño es República, honradez, justicia. No debe haber liberal aragones que le niegue su proyeccion.

CONFERENCIA SOBRE VIAJES ESCOLARES.—por Rafael Torres Campos, profesor de la Institucion Libre de Enseñanza. Folleto interesantísimo. Véndese en la librería de Hernando.

LA SUISSE ILLUSTREE.—ESTA preciosa publicacion, relativa al país más pintoresco de Europa, va apareciendo por cuadernos, algunos con más de veinte grabados. Cada cuaderno cuesta cincuenta céntimos de peseta. Lo recomendamos á los aficionados á los viajes.

CIMARRA HERMANOS, SASTRES.—Cármen, 15.—No hay establecimiento más acreditado en trajes de niño.

ANUARIO DEL COMERCIO, POR Bailly-Baillière.—Verdaderamente merece bien de nuestro país el Sr. Bailly por la obra importantísima que ha llevado á cabo; la cual, si no exenta de inexactitudes, contiene preciosos datos para todas las personas de negocios.

ZAPATERIA DE ÍÑIGO LOZANO.—Calatayud.—La ilustracion y condiciones de carácter del dueño de este establecimiento le hacen acreedor á toda la confianza del público. Varios individuos de Madrid traen de su casa el calzado, á pesar de las molestias naturales que lleva consigo el transporte. No puede darse mayor recomendacion.

CORTE DE PATRONES, DE VESTIDOS y trajes de niño.—Cármen 31.—Para todo, aun lo más sencillo, se necesita aptitud; el dueño de este establecimiento tiene más que eso: tiene genio. Hay que verle concebir y hacer para apreciar su habilidad.

VINO DE MESA. CALLAO 6.—EN Madrid se mueren las gentes ántes de lo que debieran, porque alimentos y bebidas están de ordinario solidificados. Si nuestro periódico pudiera descubrir donde se venden los artículos de primera necesidad puros, se afanaria por darlos á conocer al público. Estamos seguros de que no porque la intoxicacion sea lenta, deja de serlo desde el momento en que las sustancias soci-

vas se introducen en los alimentos. Pues bien, tenemos evidencia de que el vino que anunciamos es puro y está hecho con la mayor pulcritud; todas las operaciones con máquina. Nos apresuramos á manifestarlo al público; aun sin permiso del cosechero.

MECÁNICA DE SÓLIDOS POR Eduardo Lozano, catedrático de Instituto. El Sr. Lozano ha hecho una obra concienzuda, propia de su fea inteligencia, que merece el aprecio del profesorado público.

GEOGRAFIA DE ELISÉE RECLUS.—Reclus es una gloria de la ciencia, y su obra una maravilla.